

El fantasma del racismo

Juan Romay Coca

Colaborador del Laboratorio de Microbiología. Universidad de Vigo.

El 7 de marzo, jueves, leí en *La Voz de Galicia* un artículo sobre el informe «A comunidade xitana en Galicia 1999-2000»; en él aparecía repetidas veces la palabra 'raza'. Curiosamente desde hace años se ha comprobado la inexistencia de ellas, entonces ¿por qué se continúa empleando este término? ¿La ciencia ha sido lo suficientemente clara? ¿Tiene sentido hablar de razas humanas?

I. Toda forma de vida presenta variabilidad genética respecto de otra de su misma especie (intraespecífica) y respecto de las demás (interespecífica). A su vez dentro de cada especie

hay variabilidad inter e intrapoblacional. Ésta es debida a varios factores como son las mutaciones (génicas y cromosómicas), la selección natural, la deriva genética (cambio de las frecuencias génicas por razones aleatorias) y las migraciones. Todos estos factores son los que facilitan la especiación en la naturaleza y, por lo tanto, también afectan, en mayor o menor medida, a nuestra especie aunque en nuestro caso hay que añadir la selección cultural.

Según recientes investigaciones moleculares, sobre las distintas poblaciones humanas, ha quedado claro que, entre ellas, no existen variaciones genéticas lo suficientemente amplias como para poder emplear el concepto de «raza», por lo tanto se debe hablar de etnias, poblaciones, grupos sociales...

G. Biondi y O. Rickards han puesto de manifiesto que en el caso humano no es posible realizar una reconstrucción filogénica, no pudiéndose establecer quién es el descendiente de quién; lo que sí es posible reconstruir, con cierta fiabilidad, es nuestra historia ecológica.

Queda claro entonces que el concepto 'raza' debe ser rechazado puesto que, científicamente hablando, resulta engañoso para la evaluación de nuestra variabilidad. Si no es aceptable, en rigor, hablar de razas, aún resultan menos justificable los problemas que, a lo largo de la historia, han provocado las personas que utilizaron esta idea para justificar el colonialismo, la discriminación, las políticas deshumanizadoras, la esclavitud, la persecución judía, etc.



II. Tras lo dicho podría uno plantearse la pregunta de por qué razón se sigue estudiando a la humanidad clasificada. Una posible respuesta viene de la mano del artículo de M. Á. Quintanilla sobre una conferencia de R. Harré en la UNED, donde se expone que:

Comprender un fenómeno natural comporta, para él (Harré), dos tipos de operaciones intelectuales:

1. Clasificarlo en una clase natural, es decir, describirlo seleccionando algunas de las características que se consideren más relevantes.
2. Explicarlo, es decir, proponer un mecanismo hipotético que explique la producción del fenómeno.

Al querer entender la evolución espacial de nuestra especie se estructuran las distintas poblaciones, englobándolas en grandes grupos. Esta clasificación es imprescindible que sea racional, sencilla, clara, que use conceptos equiparables entre sí y que sea objetiva.

Fijémonos ahora en una de las clasificaciones que se emplean en antropología biológica (referida a poblaciones indígenas y no empleada por todos los científicos):

1. Australoides: viven en Australia y parte de Asia.
2. Europoides o Caucasoides: están en Europa, sur y sudoeste de Asia y al norte del Sahara.
3. Mongoloides: se encuentran en la mayor parte de Asia, en zonas de Oceanía y en América.
4. Negroides: África subsahariana, partes del sur y sudeste de Asia y partes de Oceanía.

Vemos que la cuarta categoría no es equiparable a las otras tres ya que no alude a ninguna zona geográfica; esto podría ser debido a que es el rasgo definitorio de sus pueblos, pero entonces debería aplicarse dicho criterio en todos los casos.

Hace años, debido a la inexistencia de técnicas moleculares, se hicieron clasificaciones fenotípicas (la denominación de negroides es un resquicio de ellas). Actualmente existen técnicas que nos permiten hacer clasificaciones basadas en diferencias moleculares. Creo que sería más conveniente hablar de las distintas poblaciones refiriéndose al lugar que habiten, y usar las técnicas moleculares para comprender las relaciones entre ellas y sus vecinas. Incluso se podría ir más lejos y agrupar las distintas poblaciones exclusivamente por sus diferencias moleculares, de este modo hablaríamos de marcadores genéticos y no de zonas geográficas, lo que evitaría comparaciones absurdas.

III. De todos modos vienen a la cabeza, todavía, diversas preguntas: ¿por qué se siguen denominando los negroides como tal? ¿No es esto racismo científico?

La ciencia debiera ser un instrumento para adquirir conocimiento objetivo, concreto, claro, humanizador... por lo tanto es imprescindible realizar un esfuerzo de coherencia e intentar «enterrar los viejos fantasmas».

Sigue habiendo racismo, incluso en la ciencia (aunque dentro de ella la denominación «negroide» pueda no tener carácter despectivo). El problema es que se favorece el que se siga creyendo acríticamente en la existen-

cia de razas y aunque se diga una y mil veces que las razas no existen, costará mucho desprenderse de dicho concepto.

Somos seres reacios a modificar nuestras estructuras conceptuales, a pensar que el mundo es demasiado complejo como para poder explicarlo usando pocos términos, aunque es preciso que hagamos esa simplificación para poder entender los fenómenos que ocurren a nuestro alrededor.

Hagamos un esfuerzo para comprender lo que nos rodea, tengamos la mente abierta a la realidad cambiante, intentemos analizarla cuidadosamente procurando evitar dogmatismos.

Agradecimientos

A Fernanda Mosquera, a Noelia Sola, a Rubén Macía, a Xoán M. Viña y a Xosé M. Domínguez por la revisión del manuscrito y por su comprensión y cariño.

Bibliografía

1. Biondi, G., y Rickards, O. (2000), «The fallacy of Human biological race concept». En Varela, T. A. (ed.) *Investigaciones en biodiversidad humana*. Santiago, Universidad de Santiago de Compostela, págs. 840-843.
2. Cela Conde, C. J., y Ayala, F. J. (2001). *Senderos de la evolución humana*. Madrid: Alianza Editorial.
3. Mayr, E. (1995). *Así es la biología*. Madrid, Ed. Debate.
4. Quintanilla, M. Á. (1986). «¿En qué consiste la comprensión científica de los fenómenos naturales?». *Agora* (2.ª época). Vol. 6, págs. 175-181.